

sustitución de importaciones (ISI)—.¹¹ Nosotros sostenemos que eso no es cierto, pues de haberse hecho

¹¹ Nuevamente, la ISI respondía a un contexto de la economía internacional en el cual no había ni comercio libre ni libre movilidad de capitales, sino que, por el contrario, tanto los países desarrollados como los no desarrollados aplicaban políticas que controlaban el comercio y la movilidad de capitales.

eso, lo más probable es que el resultado habría sido negativo.¹²

Queda como tarea realizar una relectura de la historia económica reciente del Perú en la que se incorporen las restricciones que imponía la economía internacional — que hemos mencionado— sobre la economía peruana.■

¹² «In a setting of general inconvertibility, a single country allowing foreigners to convert its currency freely would face an uncomfortable net drain of foreign-exchange reserves: foreign exporters would convert the bulk of their domestic currency earning into central-bank foreign reserves, whereas most of the foreign currency earned by domestic exporters would be unusable», en Obstfeld y Taylor, ob. cit., p. 152

MUJERES EN LA POLÍTICA: MÁS ALLÁ DE LOS PROGRAMAS ALIMENTARIOS

Jeanine Anderson

Profesora del Departamento de Ciencias Sociales PUCP

Más allá de la demagogia, no son muchas las referencias al género en las campañas políticas. No se acostumbra realizar un análisis serio de las diferencias en los reclamos y necesidades de hombres y mujeres, ni considerar las implicancias de sus diferentes posiciones en la sociedad. Algunos candidatos —y hasta el actual presidente del Perú—han aprendido a dirigirse al público con el llamado «lenguaje inclusivo»: «ciudadanos y ciudadanas», «hombres y mujeres del Perú», «las alumnas y los alumnos». La cuota de 30% de mujeres en las listas de candidatos se viene aplicando, si bien existen problemas persistentes para su comprensión en detalle y se cumple más en la letra que en el espíritu. No obstante, los procesos electorales ponen el acento en lo que une a grandes segmentos de la población y procuran borrar distinciones que pueden resultar complicadas e írritas para algunos votantes.

El tratamiento a las mujeres en las campañas es una extensión o consecuencia de su tratamiento en la política en general. Históricamente, resulta problemática la relación de las mujeres con los sistemas democráticos (Okin 1979, Pateman 1989). Las resistencias frente a

la extensión del sufragio a las mujeres son solo el comienzo. En las formas de ejercicio de la autoridad pública y en las maneras de deslindar intereses en conflicto perdura la vieja idea de que la mujer es representada por su padre y luego por su marido: no posee intereses propios que podrían, eventualmente, contradecirse con los de su protector masculino. Los imaginarios acerca de las mujeres en la política son complejos, como se puede apreciar en las discusiones que han surgido a raíz de la elección de Michelle Bachelet como presidenta de Chile.

En el Perú, las confusiones acerca de las mujeres y la política se mezclan con la visión dominante de las mujeres como pobres y vulnerables. Así, el debate se centra en los programas sociales, cuyos beneficiarios son retratados como mujeres aun cuando la verdadera distribución por género debe de ser mayoritariamente masculina (entre niños varones, ancianos y enfermos de tuberculosis beneficiarios del Vaso de Leche, y niños y varones adultos que reciben raciones de comida de los comedores). Nuestra política social tiene una fuerte inspiración maternalista, definida por Rosario Aguirre (1997:

116) como «un conjunto de argumentos discursivos y prácticas que, ensalzando el rol materno femenino, propugna determinadas políticas y programas en nombre de necesidades y capacidades especiales de las mujeres relacionadas con sus roles familiares». Las mujeres aparecen como quienes requieren tales políticas, como las que son efectivamente ayudadas a través de ellas, y como las que se aprovechan de ellas, incluso en forma exagerada y/o indebida.

Del complicado enjambre de programas sociales y programas de combate a la pobreza que se crearon en el Perú durante las últimas dos décadas, los programas de apoyo alimentario han sido algunos de los más importantes. Son, además, particularmente identificados con las mujeres, en franca alusión al rol femenino de guardiana de la despensa familiar, cocinera y gestora, administradora y repartidora de las comidas. El Perú tiene un problema nutricional que es viejo y complejo: afecta diferencialmente a distintas regiones, a las ciudades versus las zonas rurales, y a diferentes grupos de edad.¹ El Vaso de Leche y los comedores fueron pensados en los años 1980 como medidas de emergencia. Por diversos motivos, perduran hasta hoy. El Vaso de Leche (y las transferencias que hace el gobierno central para su financiamiento) figura de modo importante en los presupuestos municipales, mientras que los subsidios a comedores absorben un monto considerable del presupuesto del Ministerio de la Mujer y Desarrollo Social (MIMDES). Ambos programas tienen una alta visibilidad política, la que quedó confirmada cuando, durante su campaña electoral, el actual presidente Toledo lanzó la idea de convertir a las organizaciones comunales encargadas de su administración en microempresas o simplemente declararlas fuera de época y desmantelarlas.

Todo programa social que implica el uso de fondos públicos debe estar bajo permanente monitoreo, más aun cuando se trata de programas que nacieron con una lógica de respuesta a emergencias que pueden dejar de serlo. Es correcto que los programas de apoyo alimentario hayan sido puestos bajo la lupa y que se haya comenzado a discutir puntos de evaluación tan evidentes como el aporte nutricional realmente logrado (Vásquez y Riesco 2000), la eficiencia de la administración (Portocarrero y Romero 2000), el impacto sobre los índices de pobreza (Vásquez y colaboradores 2001) y la relación costo-be-

neficio (Portocarrero y colaboradores 2000). Está claro que el mecanismo de apoyo alimentario que más efectivamente contribuye a reducir la desnutrición a un costo razonable son los desayunos y almuerzos escolares.

En el centro de este debate están las personas que acceden a alimentos donados o subsidiados, sin cumplir con los criterios de elegibilidad. Estas personas constituyen los «infiltrados», desafortunado fraseo que tiene la connotación de individuos deshonestos que arrancan del Estado y los contribuyentes beneficios que no se merecen. El espectro de abusadores de los programas alimentarios termina incorporado en las mujeres que manipulan y distribuyen los alimentos. Las mujeres que salen al frente serían las personas no confiables, las que no conocen o no obedecen las reglas; incluso, las que no respetan el principio de que tiene que haber reglas. La asociación entre mujeres e «infiltrados» nos acerca al análisis que Carole Pateman (1989) hace de la noción del «desorden de las mujeres» como una idea que recorre la filosofía política occidental, desde Aristóteles y Rousseau hasta pensadores actuales, y que sirve para descalificar la participación política de toda una categoría de personas.

Contra eso está la realidad de mujeres que, todos los días, entregan su trabajo gratuito en la elaboración de comidas y la administración de grandes grupos de comensales. El diseño del Vaso de Leche se originó en los dirigentes de Izquierda Unida en la época de Alfonso Barrantes como alcalde de Lima; no hubo consultas a las mujeres que fueron designadas para operar el programa. La historia de los comedores es algo más complicada y contiene elementos de gestión de las propias mujeres pobres (Sara Lafosse 1984). Sin embargo, rápidamente se presentaron otros actores —principalmente, monjas que acompañaban a grupos de mujeres en los barrios populares, ONG de mujeres, entes gubernamentales de asistencia social— que perfeccionaron el diseño y nos dejaron con el modelo de comedor que conocemos hoy. Ambos ejemplos de «tecnologías sociales» para aliviar la pobreza son poco «amigables» frente a los roles, las rutinas, las obligaciones y las aspiraciones de las mujeres pobres. Poca evidencia dan de que alguna vez se pensó en sus costos de oportunidad, en los trastornos que se producirían en los horarios y en las relaciones familiares, o en factores como la estigmatización de los usuarios de los programas.

Mujeres y política

El caso analizado dice mucho acerca de cómo se establece la relación entre las mujeres y el sistema político

¹ No se ha podido demostrar que la desnutrición afecta diferencialmente a niñas y niños, como es el caso en muchos países asiáticos. Sin embargo, la anemia es un problema mucho más grave entre mujeres adultas que entre varones.

en el Perú de hoy. En tal sentido, revela problemas en esta relación que tendrían que ser abordados por los partidos y alianzas que actualmente disputan la presidencia y el control del Congreso. Es, por decir lo menos, preocupante que ninguno de los candidatos o las candidatas con opción de ganar la presidencia haya confrontado estas cuestiones. En sus discursos y sus planes de gobierno, o han soslayado el tema de los programas alimentarios o han indicado que estos continuarían, posiblemente con reformas menores.

¿Cuáles son las revelaciones que esta coyuntura ha permitido acerca de cómo las mujeres se acercan a la política y cómo son tratadas por ella? Veamos algunas:

- Las mujeres no tienen un papel en el diseño de las políticas sociales, ni siquiera en las que las afectan gravemente. La presencia de mujeres en el Congreso ha significado muy poco en términos de legislación de interés particular de los distintos sectores de mujeres que existen en el país o en el debate público al respecto.

- Las mujeres que participan en los programas de apoyo alimentario son visualizadas como ejecutoras eficaces, por lo general humildes y honestas. Son transmisoras de beneficios hacia otras personas que dependen de ellas, en su familia y en su comunidad.

- Se sostiene la ficción de que la pobreza será resuelta a través del esfuerzo voluntario y solidario de los pobres; o, para ser más exactos, de las pobres.

El tercer punto merece expandirse. El pago a las mujeres que trabajan en los programas alimentarios nunca fue propuesto como una pieza clave en las estrategias de lucha contra la pobreza que, ostensiblemente, se fundamentan en la creación de empleo, capacidades e ingresos entre los pobres.² Resulta un sinsentido esperar que las familias más pobres puedan salir de la pobreza mientras una gran cantidad de tiempo y energía de la madre de familia esté distraída en una actividad diaria, exigente y absorbente, que no tiene remuneración. De hecho, resulta impensable una propuesta semejante para los varones. Los sucesivos programas de empleo temporal —Programa de Apoyo al Ingreso Temporal (PAIT), A Trabajar Urbano, A Trabajar Rural, entre otros—, aunque han incorporado a mujeres en proporciones varia-

bles, no se cruzaron con los programas alimentarios de un modo que hubiera permitido que la coordinación de un comedor, por ejemplo, valiera como un puesto de trabajo y que abriera la puerta a ciertos beneficios de capacitación y asesoría.

Los planes de gobierno de los partidos esquivan los dilemas planteados por estos programas y desconocen la existencia de organizaciones de mujeres cuya capacidad de movilización en las calles y acceso a los medios de comunicación hicieron retroceder a Toledo en sus afanes de reforma. Hablan, eso sí, de la necesidad de realizar evaluaciones para conocer los resultados efectivos de los programas sociales y de reducción de la pobreza. Proponen la descentralización de las medidas contra la pobreza y, en consecuencia, su diversificación y adecuación a las condiciones locales en todo el país. Algunos planes, luego de señalar una situación caótica de sobreposición de programas y gastos insulsos, plantean la elaboración de una política social comprensiva, intersectorial e integrada. Algunos convocan al sector privado y sugieren mecanismos de concertación. Varias de estas propuestas pueden ser valiosas; habrá que ver cómo se implementan en la práctica.

Implicancias mayores

¿Por qué es importante lo que el próximo gobierno haga o deje de hacer en relación con los actuales programas «que “alimentan” a medio Perú», en la memorable frase de Enrique Vásquez (2000)? ¿Por qué es importante, es decir, desde el punto de vista de la equidad de género en el país y desde la participación pública y política de las mujeres?

Para muchas mujeres de sectores populares y rurales, así como profesionales y técnicas, integrantes de ONG y organizaciones del movimiento feminista peruano, el Vaso de Leche y los comedores fueron las dos llaves que abrieron la puerta a la participación vecinal y comunal femenina. Las rutas alternativas fueron pocas: capacitarse y servir como animadoras del Programa No Escolarizado de Educación Inicial (PRONOEI), a veces algún cargo en el comité barrial de algún partido político, integrarse a un comité de salud, excepcionalmente emerger como promotora de un proyecto de ONG. Mujeres con inquietudes políticas y mujeres con capacidades insospechadas de liderazgo y gestión fueron atraídas hacia esos programas. Se desempeñaron bien, incluso logrando la ampliación de los fueros y mandatos de estos. En el trabajo con asesoras de las parroquias, ONG y entes gubernamentales, recibieron una educación que ha subsanado en parte la educación básica

² Durante el gobierno aprista, se pagaba una propina a cuatro mujeres en cada comedor oficial, las que se convertían en cocineras permanentes y/o asumían funciones administrativas.

no recibida en la infancia y varios tipos de capacitación formal e informal. Ampliaron sus redes sociales hacia sectores profesionales y agencias de cooperación internacional. Incrementaron su «capital social».

De maneras que rara vez son reconocidas, el Estado peruano se ha servido de las mujeres agrupadas en los comités de Vaso de Leche y los comedores. En un estudio de diagnóstico social realizado para el Ministerio de Salud hace unos años (Anderson y colaboradores 2000), un equipo del Centro de Investigaciones Sociológicas, Económicas, Políticas y Antropológicas de la Pontificia Universidad Católica del Perú (CISEPA) encontró que estas organizaciones ocupaban un lugar privilegiado en la red de interlocutores y cooperantes de las postas y los centros de salud, especialmente rurales. El personal de salud depende de las organizaciones femeninas para comunicarse con la población: para anunciar campañas de vacunación y ferias de atención de la salud en comunidades lejanas; para detectar a enfermos de tuberculosis, niños desnutridos y mujeres gestantes. Utiliza a estas organizaciones para difundir advertencias sobre peligros, invitaciones a charlas, mensajes como la necesidad del control prenatal. Las mujeres del Vaso de Leche y los comedores son molestadas una y otra vez para dar su opinión acerca del funcionamiento de los servicios sociales en el entorno y acerca de las necesidades de la población; incluso, para actividades como participar en videos, cuñas radiales y reportajes televisivos.

Tal situación alude a trabas y deficiencias en los nexos que existen entre las mujeres (populares, rurales y urbanas, en este caso, pero el argumento podría extenderse) y las instituciones cívicas y estatales. Alude a una disposición de las mujeres —aun mujeres extremadamente ocupadas, con mil asuntos pendientes— a reclamar mayor presencia, procurando incidir en las decisiones públicas y explorando formas de incorporación sostenida. Alude a un vacío de representación. Desde el Estado y las organizaciones privadas (ONG, medios de comunicación, empresas, organizaciones cívicas), la situación descrita alude a una baja capacidad de acercamiento a la población para casi cualquier fin. Alude al poco pluralismo que existe en las conexiones que los organismos públicos logran establecer con los actores locales y, en consecuencia, su peligrosa dependencia frente a pocas fuentes de información y demandas.

La propuesta que deberían tener los partidos, entonces, diría cómo piensan resolver estos problemas de

comunicación, incorporación y representación. Indudablemente, hay necesidad de repensar —en forma radical— la política social y la estrategia de reducción de la pobreza. En un nuevo marco, ¿qué supliría a los programas alimentarios y las organizaciones femeninas que los administran en la amplia gama de funciones que vienen cumpliendo, la mayoría de ellas, como hemos visto, «latentes», no oficiales? ¿Programas de educación de adultas? ¿Otros mecanismos de educación informal? ¿Nuevas medidas que garanticen la representación en el sistema político no solamente de mujeres sino, y sobre todo, de los intereses de las mujeres?

El MIMDES es clave en estos esfuerzos, aunque no por ser el sector que ejecuta la mayor parte de los programas alimentarios en la actualidad. Más bien, interesa por su potencial y por cierta experiencia acumulada como promotor de un proyecto real de equidad de género, incluyendo la igualdad de hombres y mujeres frente a la política nacional. Los últimos años nos han alejado de una propuesta de este tipo. Lamentablemente, ninguno de los planes de gobierno de los candidatos y de las candidatas que van en los cinco primeros puestos en las encuestas promete cambios en este punto. Para las mujeres, la lucha continúa.

Referencias bibliográficas

Aguirre, Rosario

1997 "Maternalismo y definición de necesidades". En Jeanine Anderson y Ana Falú (coordinadoras). Los procesos de reforma del Estado a la luz de las teorías de género. Quito: IULA-CELCADEL, pp.113-126.

Anderson, Jeanine y colaboradores

2000 Estudio de evaluación social. Documento presentado a PAR Salud, Ministerio de Salud del Perú.

Okin, Susan Moller

1979 Women in Western Political Thought. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.

Pateman, Carole

1989 The Disorder of Women. Stanford, California: Stanford University Press.

Portocarrero S., Felipe y María Elena Romero

2000 «La "caja negra" o el proceso de formulación e implementación de políticas públicas: el caso del PRONAA». En Felipe Portocarrero S. (editor). Políticas sociales en el Perú: nuevos aportes. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, pp. 153-190.

Portocarrero S., Felipe, Arlette Beltrán, María Elena Romero y Hanny Cueva
2000 Gestión pública y políticas alimentarias en el Perú. Lima: Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico.

Sara Lafosse, Violeta
1984 Comedores comunales. La mujer frente a la crisis. Lima: Grupo de Trabajo Servicios Urbanos y Mujeres de Bajos Ingresos.

Vásquez, Enrique y Gustavo Riesco
2000 «Los programas sociales que “alimentan” a medio Perú». En Felipe Portocarrero S. (editor). Políticas sociales en el Perú: nuevos aportes. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, pp. 89-151.

Vásquez, Enrique; Carlos E. Aramburú, Carlos Figueroa y Carlos Parodi
2001 Los desafíos de la lucha contra la pobreza extrema en el Perú. Lima: Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico. ■

LAS ELECCIONES DEL 2006 Y LA CRISIS DEL SISTEMA DE REPRESENTACIÓN

Nelson Manrique

Profesor del Departamento de Ciencias Sociales PUCP

El seguimiento de las vicisitudes de la campaña electoral —quién sube, quién baja, qué sucede en los mítines, qué se dice y qué no se dice, cómo se proponen gobernar los candidatos— suele hacer perder de vista las características históricas específicas de la campaña electoral en curso. Estas elecciones de 2006 son importantes porque cierran una etapa de la historia política peruana caracterizada por la existencia de un sistema de partidos que nació hace medio siglo y que ahora parece estar llegando a su final.

El surgimiento de los partidos políticos

Desde la Independencia existió la inquietud de formar partidos políticos. Puede considerarse un momento precursor el intento de agrupar a los liberales en el Club Progresista, a mediados del siglo XIX. Dos décadas después, en los años 1850, surgieron los primeros partidos: el Partido Civil de Manuel Pardo, el primero que se puede denominar propiamente tal y el único que condujo a un civil al poder por la vía electoral durante todo el siglo XIX; el Partido Demócrata de Nicolás de Piérola, que en 1895 llevó al caudillo al poder, en alianza con los civilistas y con el Partido Liberal de Augusto Durand, a través de una guerra civil contra Andrés Avelino Cáceres, a su vez líder insustituible del Partido Constitucional. Pero estas agrupaciones eran propiamente clubes de notables aglutinados alrededor de una personalidad, que funcionaban en medio de la excluyente sociedad oligárquica, en la que

se hacían los presidentes —cuando había elecciones— tomando por asalto las mesas electorales, para manejar los resultados en función de los intereses del caudillo más fuerte. Los partidos de entonces trataban de mantener ese estado de cosas por el cual una pequeña fracción social —que llegó a su apogeo durante lo que Jorge Basadre denominó la República Aristocrática (1895-1919), en medio de una fase de expansión de la economía mundial— pretendía manejar para siempre el país.

El civilismo fue desarticulado cuando Leguía llegó al poder, en 1919. Sus líderes fueron deportados o marcharon al exilio. Cuando Leguía fue finalmente derrocado, 11 años después, los partidos que lo habían precedido ya no existían. Los intentos por reflatar el civilismo, a inicios de 1930, fracasaron debido a que el país y el mundo habían cambiado profundamente y los intelectuales oligárquicos no lo comprendían. Con la Reforma Universitaria (1919) perdieron la hegemonía que tuvieron en las universidades. La Generación del Centenario —a la que pertenecieron, entre otros, José Carlos Mariátegui, Víctor Raúl Haya de la Torre, César Vallejo, Jorge Basadre, Luis E. Valcárcel, Uriel García, Hildebrando Castro Pozo, José Sabogal y un largo etcétera— modeló la visión del Perú que sería hegemónica a lo largo del siglo y acabó con la preeminencia ideológica civilista. Para fines de la década de 1920, esta generación articuló su propia propuesta política, fundando los que con propiedad